

Gabriela Chiocca
El hermano de Olegario

Ilustrado por Ariel Abadi



Olegario es un canario que vive en una jaula descuajeringada. La descubrió en el montón de trastos del taller abandonado. Fue ahí donde organizó la guardería para comadreas bebé que tuvo mucho éxito por un tiempo, pero que finalmente hubo de cerrar por presión del gallinero vecino. Fue ahí donde coordinó talleres de buenos modales para cochinos; lecciones de honestidad para zorros y de música para tapires. Y fue ahí donde armó un equipo de fútbol integrado por caracoles, babosas y gusanos chuecos.

Para cuando tuvo lugar esta historia, Olegario andaba convencido de que tenía un hermano perdido. Un hermano que, según él, hacía años habría abandonado la casa familiar para no volver nunca más.

La idea le vino porque empezó a tener ganas de reírse acompañado. Poco a poco comenzó a sentir que debía haber alguien con quien compartir recuerdos. Y así empezó a extrañar. Al principio no sabía bien qué extrañaba o

Texto © 2005 Gabriela Chiocca. Imagen © 2005 Ariel Abadi. Permitida la reproducción no comercial, para uso personal y/o fines educativos. Prohibida la reproducción para otros fines sin consentimiento escrito de los autores. Prohibida la venta. Publicado y distribuido en forma gratuita por Imaginaria y EducaRed:

<http://www.educared.org.ar/imaginaria/biblioteca>

a quién. Sólo tenía la sensación de que se le había perdido algo y que lo debía buscar. En esa época se lo podía ver por el pueblo, dando vueltas y vueltas sin rumbo, chocándose con los transeúntes y dándole sustos a más de un automovilista. Cuando alguien le preguntaba “Che, Olegario, qué hacés”, él contestaba “Estoy buscando lo que me falta.” Y seguía.

El sentimiento empezó a tomar forma de hermano. No es que le hubieran venido con el cuento o que hubiera encontrado una carta reveladora. Nada de eso. Una serie de pistas que Olegario encontró terminaron por convencerlo. La taza rota que hacía años estaba tirada al lado de la jaula le hizo sospechar que su hermano se había ido tras una pelea terrible con sus padres. En una foto familiar creyó descubrir que era su hermano el que faltaba en el espacio que quedaba libre entre el tío Ernesto y Jose, su prima de Azul. Le pareció que la pila de cómics que estaba arrumbada en el taller y que tenía pegado un papel en el que decía “No tirar” se la había dejado a él su hermano antes de irse para siempre.

Pero lo que terminó de corroborar sus sospechas fue que por más que hizo memoria no pudo recordar que sus padres mencionaran a su hermano jamás. Ésa era la confirmación que le faltaba.

A los días del rotundo descubrimiento decidió salir a buscarlo. Ató la puerta de la jaula con un piolín, colgó un cartel que decía “Ya volvemos” y sin más equipaje que una mochila rebotante de esperanzas y planes para el futuro, partió.

Anduvo a buen tranco por un rato hasta que llegó a una laguna donde paró a descansar. Sobre la orilla, un benteveo tomaba agua.

—Buenas... Lindo día, ¿no? —saludó Olegario. El benteveo giró la cabeza y asintió.

—¿Sabe? Ando buscando a mi hermano que se fue de casa hace años y me preguntaba si por casualidad usted no tendrá una familia perdida por ahí —sugirió.

—¿Yo? ¿Una familia perdida ”por ahí”? No entiendo —abrió grandes los ojos el benteveo.

—Eso, digo, una familia, bueno, en realidad una familia no, un hermano que le ande faltando.

—No es que quiera ser descortés, pero sigo sin entender. ¿Cómo podríamos ser hermanos usted y yo?

—Y... parte de su plumaje es de un amarillo muy parecido al mío, ¿no le parece?

—Sssíímm —concedió el benteveo.

—Y eso podría indicar algún grado de parentesco...

—Lamento desilusionarlo... estee...

—Olegario.

— ... eso, Olegario, pero dudo que el color de nuestro plumaje indique algún grado de parentesco. Ni siquiera remoto.

—Ahh, ¿no?

—No, no, no, no —serio, el benteveo negaba con la cabeza y aire conoedor—, si me dijera que a los dos nos gusta la chocolatada bien caliente en invierno y en verano, entonces sí no habría dudas, seríamos hermanos. Pero por el color de nuestro plumaje no, decididamente que no.

Olegario estaba seguro: la chocolatada le encantaba bien caliente en invierno, pero en verano, le gustaba fría.

—Aaahh, qué interesante lo que dice. Le agradezco la valiosa información.

El benteveo puso cara de “faltaba más”, e inflado por la admiración de Olegario levantó vuelo.

Ese primer encuentro no hizo mella en la mochila de esperanzas de Olegario, quien se sentó a la sombra de un arbusto a picotear algo. Ahí estaba él disfrutando de la brisa y las semillas cuando un movimiento en el agua llamó su atención. Se asomó a la orilla y se encontró frente a frente con un par de ojos flotantes, redondos, enormes. Pegado a los ojos, había un dorado.

—¿Nos conocemos? —le preguntó el canario.

—¿Por qué habríamos de conocernos? —respondió el pez.

—Porque yo ando buscando a mi hermano y por ahí usted también —dijo Olegario.

—¿Por qué estaría yo buscando a su hermano?

—No, no me entendió. Yo estoy buscando a mi hermano y lo que digo es que por ahí usted está buscando al suyo.

—No sabía que tenía un hermano. ¡Qué bueno! ¿Dónde está?

—¿Quién? ¿Mi hermano? No lo sé.

—No, su hermano, no, el mío.

—¡Ah, el suyo! Tampoco sé. ¿No seré yo?

—¿Le parece?

—¿Y por qué no? En nuestra familia nos gusta mucho el agua. Cuando era chico mi mamá me decía que saliera de la palangana porque si no me iban a crecer escamas. En una de esas usted alguna vez fue mi hermano canario y le gustaba tanto el agua como a mí. Cuando se fue de casa se metió a la laguna y como tardó en salir... ¡al final le salieron escamas!

—No, no creo. Que yo sepa siempre fui pez.

—Ah..., qué pena. Me hubiese gustado que usted fuera mi hermano.

—No se ponga mal. En otra oportunidad tal vez. Ahora me tengo que ir, no vaya a ser que tenga un hermano y lo haya dejado esperando.

Y PLOP, el dorado desapareció en la profundidad del lago.

Olegario retomó la marcha pensando en que ése había sido un buen encuentro y que algún día debería volver y proponerle al dorado trabajar juntos en algo.

Atardecía cuando llegó al muelle y se encontró con un castor que muy concentrado roía uno de los pilotes de madera.

—¿Lo ayudo? —se ofreció Olegario

—No, no se moleste. Sólo me estoy afilando los dientes.

—¡Oia! ¡Como yo el pico! Tenemos la misma costumbre: usted se afila los dientes y yo, el pico.

—Mire usted qué cosa... ¿Cómo me dijo que se llamaba?

—Olegario, para servirlo ¿y usted?

—Óscar, con acento en la O.

—¡Y los dos nombres empiezan con O! ¡Otra coincidencia! Digo yo ¿no seremos parientes?

—Hummm no sé...

—A ver, dígame, ¿no tiene usted unas ganas bárbaras de charlar con alguien en voz bajita antes de ir a dormir y de discutir por quién se come el último pedazo de torta...?

—Hummm. No, aunque un pedazo de torta me comería.

—Yo hago una buenísima de peras. Se la cocinaría, pero ahora tengo que seguir. Un placer conocerlo, Óscar.

—Acépteme un consejo, Olegario, está anocheciendo y va a helar. Detrás del roble hay una madriguera que suele ocupar un amigo marmota. Vaya y pregúntele si puede pasar la noche ahí. Un tipo raro mi amigo, pero de confiar.

Olegario anotó mentalmente “enviar torta de pera al castor Óscar con acento en la O”. Siempre con su mochila a cuestas recorrió a saltos livianos el camino hasta la madriguera. Llamó a la puerta, pero no apareció nadie. Aplaudió fuerte, pero nada. Cuando se estaba metiendo las alas en el pico para pegar un chiflido, se asomó una marmota somnolienta.

La marmota se desperezó. Se restregó los ojos diminutos. Hizo unos chasquidos con la lengua. Y descubrió a Olegario.

Se miraron y una pila de recuerdos que tendrían en el futuro les llenó los ojos: almuerzos, risas, carreras, gripes, escondidas y peleas por quién se bañaría primero. El cartel de BIENVENIDOS y el banco para sentarse a pensar junto la puerta confirmaron el parentesco. No hicieron falta preguntas ni respuestas. Se habían encontrado. Ahí estaban. Olegario y su hermano se pegaron un flor de abrazo. Después, tomaron mate y charlotearon hasta que se quedaron dormidos bien despatarrados, el ala de Olegario sobre la panza de la marmota, la pata de la marmota sobre la cara de Olegario.

A la mañana siguiente emprendieron el viaje de vuelta a la jaula del taller. Esta vez Olegario y su hermano se turnaron para llevar la mochila.